

Del olvido a la memoria de la impunidad de la masacre de 1912 a través de *La hoguera bárbara*

CAROLINA LARCO CHACÓN

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

RESUMEN

La autora revisa la contribución de Alfredo Pareja a la memoria del país, a través de su libro *La hoguera bárbara*. Escrito en 1944, trae a la luz pública un tema eludido o marginado en años previos, reconstruyendo los escenarios que antecedieron a la masacre de Eloy Alfaro y otros liberales; asimismo presenta claves para la comprensión de los eventos que estuvieron detrás de esos crímenes que marcaron la historia del país. El presente ensayo analiza tres momentos de la memoria social para indagar si fue posible olvidar estos hechos. Primero, revisa la percepción del pueblo y la versión oficial de la masacre de 1912; se recuerda que, en 1919, el fiscal en el juicio para identificar a autores, cómplices y encubridores, determinó en forma concluyente la responsabilidad del Estado en la misma; no obstante, los crímenes quedaron en la impunidad. El segundo momento es el de culto a Alfaro a través de la celebración de su obra pública, en los años 20 y 30; la memoria social sobre la masacre parece distendida. Finalmente, en los años 40, se publican obras sobre Alfaro, por el centenario de su nacimiento —entre ellas *La hoguera bárbara*—, presentándolo como héroe liberal y mártir del pueblo.

PALABRAS CLAVE: Historia del Ecuador, Revolución liberal, memoria social, narrativa, conmemoración, magnicidio.

SUMMARY

The author reviews Alfredo Pareja's contribution to the nation's memory, through his book *La hoguera bárbara*. Written in 1944, it brought to the public eye a topic alluded to, or marginalized in previous years, reconstructing the scene before the murder of Eloy Alfaro and other liberals; likewise it presents information key to an understanding of those events that lead to

this crime which has scarred the nation's history. This essay analyzes three instances from societal memory in order to ask if this tragedy could have been avoided. First, it reviews the people's perception as well as the official version of the 1912 massacre; it reminds us that, in 1919, the prosecutor in charge of finding those guilty conclusively determined that the State was responsible; nevertheless, these crimes were never punished. The second moment is that of the Alfaro cult which celebrated all of his public works during the 20's and 30's; social memory of the massacre seems to be open. Finally, in the 40's, works on Alfaro are published, for his 100th birthday—among which is *La hoguera bárbara*—, which presents him as a liberal hero and a martyr of the people.

KEY WORDS: History of Ecuador, Liberal Revolution, societal memory, fiction, commemoration, magnicida.

EN ESTE TRABAJO intento resaltar el aporte del escritor ecuatoriano Alfredo Pareja Diezcanseco en la memoria de nuestro país a través de las páginas de una de sus obras: *La hoguera bárbara*, sobre la vida y la muerte del general Eloy Alfaro, líder de la Revolución liberal (1895-1912), ex presidente del Ecuador, recordado por el pueblo y reconocido como uno de los grandes constructores de la nación. La obra narra el contexto de la polémica entre los conservadores y liberales, de larga data en el país, y está escrita, según el propio autor, con pasión no únicamente por la muerte trágica de Alfaro sino por la misma historia política.

El presente texto se enfoca, de manera especial, en una intención que se revela en *La hoguera bárbara*: el recuerdo de la muerte terrible de Alfaro y de otros liberales en la masacre de 1912, fraguada en la intensidad de disputas políticas que involucraron al pueblo, inculpándolo como único responsable de ese delito que quedó en la impunidad. Sobre este tema la obra tiene un sentido significativo para la memoria. Se escribió en México en 1944 y coloca de nuevo bajo el dominio público un tema poco tratado, marginado, en diferentes épocas, cuando el pueblo parecía haber confinado el acontecimiento traumático en el olvido. El autor buscaba la verdad¹ acerca de lo sucedido en 1912, para lo cual reconstruye escenarios que antecedieron a la masacre y ofrece claves para la comprensión de la trama en la que se tejieron los

1. Cfr. el estudio de Fernando Balseca, «Los gestos de Alfaro: ¿por dónde anda la Historia y por dónde la Literatura en *La hoguera bárbara*?», en *La Revolución alfarista. 100 años de lucha por el cambio sociopolítico en el Ecuador*, Colección Letras del Ecuador, vol. 131, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1996.

asesinatos, enfocando las emociones profundas de los personajes, actores reales, y el uso que se hizo del pueblo, en el ambiente político agitado, para cometer actos bárbaros con los cadáveres de los liberales.

La hoguera bárbara está escrita con un sentido de denuncia de la impunidad de los crímenes para los autores intelectuales, una injusticia que será releída por las nuevas generaciones. La obra termina con la narración de la masacre, pero abre a los lectores la indagación de ciertos aspectos sobre cómo y quiénes tramaron los hechos, cuál fue la acción de la justicia, cómo reaccionaron los testigos, cómo recuperó la población quiteña el curso normal de la vida cotidiana, de qué manera se recordaba el suceso o si se procuró el olvido.

En el transcurso del tiempo, desde 1912 hasta la publicación de *La hoguera bárbara*, se pueden identificar varios momentos de la memoria, por recorrer de manera breve en este texto.

LOS CRÍMENES DE 1912. LA PERCEPCIÓN DEL PUEBLO Y LA VERSIÓN OFICIAL

Todo en la capital² estaba preparado para el asesinato, para el doble crimen de matarlos y después culpar al pueblo.³

En «Éxodo», el último capítulo de la obra, Alfredo Pareja relata una serie de crímenes ocurridos en contra de liberales desde el golpe de Estado del 11 de agosto de 1911, por el cual Alfaro dimitió al cargo de presidente de la República. El primer asesinato fue el del coronel Belisario Torres, jefe de las fuerzas revolucionarias del liberalismo radical alfarista, quien luego de combatir en la batalla de Huigra⁴ fue apresado y llevado al Panóptico de Quito en donde lo hirieron con una bala por la espalda. Pareja señala que el asesinato del coronel Torres se ocultó y que, en su agonía, se había negado a firmar una «declaración culpando al pueblo de su muerte».⁵

2. Se refiere a la ciudad de Quito, capital del Ecuador.

3. Alfredo Pareja Diezcanseco, *La hoguera bárbara (vida de Eloy Alfaro)*, México, Compañía General Editora, 1944, p. 298.

4. Lugar en el que se libró una batalla entre las fuerzas oficialistas representadas por el gobierno de Carlos Freile Zaldumbide con las fuerzas revolucionarias del liberalismo pro-alfarista.

5. A. Pareja Diezcanseco, *La hoguera bárbara*, p. 294.

Después tuvo lugar el crimen del general Pedro Montero, el 25 de enero de 1912, en Guayaquil. Se había declarado Jefe Supremo en diciembre de 1911,⁶ acto que provocó su captura. La noche en la que un tribunal lo condenaba a dieciséis años de prisión, recibió un disparo de un oficial del batallón Marañón. Pareja Diezcanseco recrea la escena del crimen: «Vivía aún Montero cuando le arrojaron por el balcón. Lo arrastraron por la Plaza de San Francisco, atravesándolo de bayonetas, las entrañas colgando. Le prendieron fuego y empezaron a brincar sobre las llamas», y el autor añade: «en algunas casas de *gente bien*⁷ se murmuraba: ‘Deben hacer lo mismo con el indio Alfaro’. ‘Todos los Alfaros deben morir’».⁸

En efecto, un destino similar les deparó a Alfaro y a sus compañeros liberales, Ulpiano Páez, Medardo y Flavio Alfaro, el periodista Luciano Coral, Manuel Serrano, en Quito el 28 de enero de 1912. Luego de que el gobierno de Carlos Freile Zaldumbide rompió la capitulación por la que se pondría fin a los enfrentamientos con los liberales, todos fueron capturados en Guayaquil y trasladados a Quito para recluirllos en el Panóptico, en calidad de presos políticos. El mismo día de su llegada fueron victimados en el presidio. Luego se exhibieron y arrastraron sus cadáveres hacia el norte de la ciudad, a un sitio denominado El Ejido en donde los incineraron, a manera de un castigo ejemplar, pues todo parecía estar preparado para perpetrar esta masacre, tal como relata con acierto Alfredo Pareja:

Cuerdas oportunas fueron distribuidas. Todos desnudos, a unos de los pies, a otros de los brazos, los arrastraban... Algunos se embolsicaban de prisa monedas enviadas para el reparto. Y los niños descalzos curiosos, corrían en pos de los cuerpos, cuesta abajo. Al Ejido!⁹

En realidad, en los días previos a la masacre, se habían dispersado rumores sobre la intención del retorno de los Alfaro al gobierno. Sus opositores políticos los señalaban como una dinastía tiránica, escaladora del poder.¹⁰ Éstas y otras ideas fueron difundidas con énfasis por medio de tele-

6. Acto que lo proclamó en nombre de Alfaro, quien luego del golpe de Estado de 1911 se encontraba en Panamá.

7. Cursiva del autor.

8. A. Pareja Diezcanseco, *La hoguera bárbara*, pp. 298-299.

9. *Ibid.*, p. 303.

10. Francisco Andrade Marín, *Mensaje del Presidente de la Cámara de Diputados del Ecuador en el ejercicio del Poder Ejecutivo al Congreso Ordinario de 1912*, p. 6.

gramas y artículos de prensa, logrando influir notablemente en la opinión pública mientras se preparaba el terreno para la masacre. Años después, en 1919, Pío Jaramillo Alvarado, fiscal en el juicio seguido para identificar a los autores, cómplices y encubridores de la masacre, determinó de manera concluyente la responsabilidad del Estado en los crímenes de 1912, al haber suministrado, por medio de miembros del ejército, las armas para franquear las puertas de acceso al Panóptico en donde se encontraban los presos políticos, armas que aparecieron en el momento de la profanación de los cadáveres y en las escenas macabras de la masacre.¹¹ Luego de victimar a los presos entregaron «los despojos sangrientos a una chusma ignara y ciega»,¹² dice el fiscal. Acusó al gobierno de ese momento, de Carlos Freile Zaldumbide, por su debilidad que cedió a las presiones de la opinión pública, en particular, a los opositores de Alfaro que pedían el traslado de los presos a Quito y su posterior exterminio. Según el fiscal, esta actitud política se había traducido claramente en algunos diarios de la ciudad.¹³ Al respecto, Pareja Diezcanseco señala la agitación política provocada por la prensa:

Cómo afiló las garras la prensa oficial «Escarmiento saludable para las presentes y futuras generaciones. ¿Qué hará con los Alfaros y Montero? Todo castigo será pequeño... Se trata de criminales contra quienes no tiene eficacia ni el presidio ni el destierro... El pueblo de Quito debe hacer con esa gente, lo que el pueblo de Lima hizo con los Gutiérrez...». Clamaba la prensa de gobierno. Sangre para la fiesta. Sangre para saciar. Un diario contaba los días: faltan cuatro, faltan tres, faltan dos...¹⁴

-
11. «Acusación fiscal del señor doctor don Pío Jaramillo Alvarado ante el jurado que se reunió el día 6 de marzo de 1919, para pronunciar el veredicto, en el juicio criminal seguido para castigar la masacre del 28 de enero de 1912», en Neptalí Zúñiga, «La verdad histórica: documentación inédita sobre la muerte de Alfaro», en María Elena Albán, coord., *Visión actual de Pío Jaramillo Alvarado. Documentos del Seminario Nacional, Loja, 13 al 16 de septiembre 1988*, Quito, Subsecretaría de Cultura, Dirección Provincial de Educación, Departamento de Cultura de Loja/Fundación Friedrich Naumann, 1989.
 12. *Ibid.*, p. 392.
 13. *Ibid.*, p. 358.
 14. A. Pareja Diezcanseco, *La hoguera bárbara*, pp. 298-299. En la segunda edición de la obra, 1975, el autor cita fragmentos de artículos de periódicos quiteños que incitaban reacciones negativas en contra de Alfaro. Era el caso del diario *La Prensa* que denominaba a Alfaro «la víbora que tenemos entre nosotros... es preciso triturarla!». También cita un fragmento de un artículo de *El Comercio* cuando Alfaro llegó a Guayaquil en enero de 1912: «Será... un poderoso estímulo para acabar, de una vez

Por último, *La hoguera bárbara* nos recuerda el asesinato del coronel Julio Andrade, perpetrado el 6 de marzo de 1912. Militar liberal, también fue víctima de un crimen poco esclarecido cuando era candidato a la Presidencia de la República con probabilidades de triunfar. De igual manera, las voces oficiales inculparon al pueblo que actuó en una «confusa revuelta», compuesta por «paisanos armados».¹⁵ Con este crimen se selló un ciclo de asesinatos impunes que compartieron varios rasgos, uno de los cuales fue haber inculpado al pueblo.¹⁶

Pero, ¿la memoria social pudo olvidar esos hechos traumáticos que sin duda marcaron la historia del país? Un primer momento, identificado entre 1912 y 1919, el más controvertido, se caracterizó por emociones y actitudes políticas opuestas, por el recuerdo reciente de los crímenes del 28 de enero, que fueron presenciados por muchas personas con dolor y pánico ante el espectáculo de degradación que sufrieron los cadáveres, inmolados y exhibidos públicamente durante el arrastre por la ciudad de Quito. Según una crónica de esos días, la población estaba conmocionada y la masacre era el único motivo de conversaciones entre la gente que reprobaba el arrastre de los cadáveres, aunque creían que el hecho de matarlos era muy explicable y hasta justificado.¹⁷ Inclusive algunas personas ilustres no escaparon a este tipo de reacción.¹⁸ Luego vino el silencio colectivo, posiblemente, por el temor de ser identificados como cómplices de la masacre.

para siempre, con todos estos elementos nocivos para la República. Tal vez la justicia haya unido a Montero con Alfaro para ejercer sobre ellos inexorables reivindicaciones».

15. Comillas mías. Cfr. la obra del hermano de la víctima, Roberto Andrade, *Vida y muerte de Eloy Alfaro*, Bogotá, El Conejo, 1985. Aquí presenta una información valiosa sobre el origen de los crímenes de 1912.
16. Cfr. también Carlos de la Torre Reyes, *La espada sin mancha. Vida del general Julio Andrade*, Quito, Banco Central de Ecuador, 1995.
17. Cristóbal Gangotena, «El arrastre de Alfaro y sus lugartenientes», en Manuel Espinosa Apolo, comp., *Así fue, testimonios sobre los hechos más conmocionantes de la historia nacional narrados por sus protagonistas y testigos presenciales*, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1998, pp. 123-135.
18. A. Pareja Diezcanseco, cita en *La hoguera bárbara*, un telegrama del escritor ambateño Juan Benigno Vela (1843-1920), dirigido a Leonidas Plaza, General en Jefe del Ejército en las batallas contra-alfaristas de Huigra, Naranjito y Yaguachi, pocos días antes de la masacre en el que le manifestaba: «Deje pasar la justicia de Dios, remita los presos a Quito, no se enajene de la voluntad de los pueblos ... que caiga sobre ellos la sanción de la ley»; pero terminada la tragedia del 28 de enero, el escritor, a través de un telegrama enviado al presidente de la República Freile Zaldumbide, desde

Por otro lado, en esos años surgieron voces de protesta y de condena internacional que miraba lo sucedido como un hecho bárbaro. Frente a esta presión el Estado asumió la justificación de los hechos con el ánimo de limpiar la imagen desprestigiada del país. Pronto, los rasgos de los sucesos del 28 de enero se omitieron en los mensajes oficiales y, poco a poco, fueron convertidos en actos nefandos, repulsivos para la memoria.¹⁹ Miembros del Estado, mediante publicaciones de la prensa local y en discursos oficiales, justificaron la masacre presentándola ante la opinión pública como una sanción «justa»²⁰ del pueblo al abuso de poder, a la tiranía de los Alfaro. Inclusive se alegaba que una «poblada rugiente de más de cinco mil personas»,²¹ compuesta por mujeres viudas y niños en la orfandad por las batallas de Huigra, Naranjito y Yaguachi, ocurridos los días 11, 14 y 18 de enero, tomaron venganza por mano propia contra Alfaro y los liberales, victimándolo en el panóptico.

Pero la necesidad de una sanción legal a los verdaderos responsables de la masacre del 28 de enero de 1912, era una cuestión pendiente en la opinión pública local, dada la dimensión catastrófica de los hechos y también porque la acción de la justicia era débil, expresada tanto en la lentitud del juicio contra los autores de los crímenes como en la falta de apresamiento.²² Transcurridos los primeros años de la masacre, el hermetismo conservado por quienes «vieron, oyeron y palparon la infracción»²³ comenzó a romperse. Había quienes postulaban en el Congreso de la República el perdón y el olvido para las muchedumbres que actuaron el 28 de enero, así como la necesidad de analizar las causas del comportamiento irracional del pueblo.²⁴

Ambato a Quito, manifiesta: «Todos estamos aterrados: casi no nos damos cuenta de lo que ha pasado: es un sueño, una pesadilla, que nos tiene enajenados. Mas ante estos hechos tan horribles, no es la muchedumbre inconsciente la que debe responder ante la Historia. Un poder superior, una mano invisible, sea la fatalidad, sea lo que fuese, ha conducido estos acontecimientos, sin que nosotros podamos explicarnos...». Cfr. R. Andrade, *Vida y muerte de Eloy Alfaro*, p. 19.

19. F. Andrade Marín, *Mensaje del Presidente de la Cámara de Diputados del Ecuador...*, p. 3.
20. Comillas mías.
21. F. Andrade Marín, *Mensaje del Presidente de la Cámara de Diputados del Ecuador...*, p. 3.
22. Hasta el registro de la muerte de Alfaro se realizó de manera tardía, el 11 de marzo de 1912, según consta en el acta de defunción inscrita por un ciudadano desconocido y no por un miembro de la familia Alfaro. En el acta se anota que falleció «a causa de haberlo asesinado el pueblo». Quito, Dirección General de Registro Civil.
23. «Acusación fiscal del señor doctor don Pio Jaramillo Alvarado...»
24. *Defensa del Sr. Dr. Miguel A. Montalvo de las muchedumbres que actuaron en Quito, en la tragedia del 28 de enero de 1912*, Quito, Tipografía «La Luz» de J.B. López, 1918.

La prensa misma empezó a publicar los testimonios de los testigos y, sobre todo, se convirtió en público y conocido el hecho de que algunos sindicatos en el juicio se encontraban libres y que «campantes y osados» recorrían la ciudad de Quito con «ánimo prevenido y desafiador»,²⁵ mientras que otros sindicatos se habían ausentado con paradero desconocido. Ante estas circunstancias se presiona para culminar el juicio y dictaminar la sentencia.

El veredicto del fiscal Pío Jaramillo en 1919 determinó la responsabilidad del Estado en los crímenes contra Alfaro y los liberales, tal como hemos señalado anteriormente, e identificó a los autores intelectuales y materiales, aunque no se ejecutó la sanción. Se puede decir que el efecto fue más simbólico que jurídico, puesto que la acusación del fiscal liberó la conciencia social, deslindando de ciertas responsabilidades al pueblo. Hasta los años 30, cada 28 de enero, a manera de catarsis colectiva, aparecían en las paredes de la ciudad de Quito «gráficas de ex presidiarios uniformados y con las cabezas y caras de los instigadores»²⁶ a quienes el pueblo los identificaba como responsables.

EL CULTO A ALFARO A TRAVÉS DE LA CELEBRACIÓN DE SU OBRA PÚBLICA

*El ferrocarril le absorbía todos los pensamientos.
La unión nacional contaría con el vehículo indispensable.
Intuía que la nación solo se conformaría cuando sus
regiones predominantes igualasen sus ritmos económicos.*²⁷

En un segundo momento en la memoria sobre Alfaro, ubicado en los años 20 y 30, prima la conmemoración festiva de su obra pública y esto opacó la memoria de la impunidad de la masacre de 1912. En especial el pueblo concitó su atención en rendir culto a Alfaro a través del reconocimiento del valor de la «magna obra del ferrocarril»²⁸ como un triunfo del progreso. Se

25. Información tomada de la copia del acta «Visita de cárceles efectuada el primero de diciembre de 1917». Quito, Archivo Nacional de Historia, Fondo Prisiones, caja 13, exp.

27. A partir de este año es recurrente la presión, ejercida en especial por un ministro de la Corte Superior, Manuel Borrero, para la sustanciación del juicio de 1912.

26. Cfr. Neptalí Zúñiga, «La verdad histórica: documentación inédita...», p. 392.

27. A. Pareja Diezcanseco, *La hoguera bárbara*, p. 76.

28. Se la denomina así en los documentos de la época.

crearon comités organizadores de una serie de actividades conmemorativas para realizarlas en varios lugares del país.

Ya en 1918 se fundó la Junta «Eloy Alfaro», con el objetivo de recaudar fondos para la construcción de un mausoleo que guardara las cenizas de Alfaro. Hacia 1933 este comité organizó un programa conmemorativo reluciente, a propósito del vigésimo quinto aniversario de la inauguración del servicio del ferrocarril del sur Quito-Guayaquil.²⁹ Durante dos días de conmemoración, el 24 y 25 de junio en Quito, varias corporaciones e instituciones educativas protagonizaron desfiles cívicos y militares con sendas ofrendas florales, bandas de música, exposiciones de pinturas alegóricas, concursos literarios, discursos, artículos de prensa y el acto solemne de inauguración de un monumento a Alfaro, en la estación del ferrocarril en Chimbacalle. Llama la atención el simulacro, festivo y nostálgico a la vez, del gran día cuando el ferrocarril llegó por primera vez a Quito, según el programa conmemorativo:

[...] a la hora precisa en que hizo su primer arribo triunfal a esta ciudad. En el Convoy está la locomotora No 12 que fue la primera que llegó a la Estación, el 25 de junio de 1908. El maquinista será el señor Munizaga, conductor de la máquina ahora 25 años.³⁰

En este momento de celebraciones, la memoria social sobre la masacre parece distendida. La conmemoración de la obra del ferrocarril se convirtió en una fiesta pública que apelaba a la reconciliación de la patria, especialmente entre opositores políticos.

Al finalizar la década, Olmedo Alfaro, hijo de Eloy, publicó la segunda edición de su libro sobre la vida y muerte del viejo luchador, en el cual expone algunos hechos reveladores de la masacre de 1912, pese a que el autor estaba consciente de que en ese momento el tema ya no era de interés para la opinión pública porque lo consideraba asunto ya juzgado.

29. Cfr. Junta Eloy Alfaro, *Vigésimo aniversario de la llegada del Ferrocarril del Sur a Quito. Labores de la Junta Eloy Alfaro para conmemorar el triunfo del progreso*, Quito, Impreso por Luis Barba Viteri, 1934.

30. *Ibíd.*, p. 17.

LA MEMORIA DE LA MASACRE EN LA OBRA

En los años cuarenta se escriben y publican varias obras sobre Eloy Alfaro, particularmente, biografías que coinciden con el primer centenario de su natalicio, que tuvo lugar en 1942. Por lo general, estas biografías se caracterizaron por erigir un culto a Alfaro, enfocando su carácter heroico como abanderado de la causa liberal y mártir del pueblo.³¹

La hoguera bárbara no escapa al espíritu escriturario de esta época que resalta el heroísmo de Alfaro con ciertos rasgos épicos, mitológicos, en su personalidad, liderando batallas como un *centauro*,³² portador del saber y la civilización. Pero a diferencia de otras biografías, Alfredo Pareja Diezcanseco retoma con fuerza un asunto irresoluto por la justicia pública y que había caído en el olvido social, dada la distancia del tiempo desde la masacre de 1912; y aun porque la memoria del personaje Alfaro, alimentada con merecidas conmemoraciones festivas, ya descritas, con probabilidad marginaron el recuerdo de los crímenes impunes.³³

Luego de tres décadas de los acontecimientos trágicos, el autor aborda este asunto todavía delicado en la opinión pública, tal como él mismo lo insinúa en el prólogo escrito en 1943 sobre unos hechos «de tan tremenda naturaleza, que solo con narrarlos se corre peligro, por más que se haya afirmado que ‘lo inverosímil es lo cierto’». ³⁴ En este sentido, Pareja Diezcanseco enmarca su obra dentro del tipo de biografías de denuncia sobre la muerte de Alfaro, escritas tres décadas atrás por José Vargas Vila, en *La muerte del cóndor*, en 1914,³⁵ y por Roberto Andrade, *Vida y muerte de Eloy Alfaro*, en 1916.

-
31. Cfr. Alejandro Andrade Coello, *Eloy Alfaro. Epinicio histórico. Primer centenario del nacimiento del héroe americano*, Quito, Talleres Gráficos de Educación, 1942.
 32. Alfredo Pareja se basa en la descripción del coronel Julio Andrade quien narró un episodio conmovedor sobre la actuación valiente de Eloy Alfaro en Gatazo, una batalla del liberalismo.
 33. Como señala Tzvetan Todorov: «la memoria, como tal, es forzosamente una selección: algunos rasgos del suceso serán conservados, otros inmediata o progresivamente marginados, y luego olvidados». *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 16.
 34. A. Pareja Diezcanseco, *La hoguera bárbara*, prólogo.
 35. Cfr. José María Vargas Vila, *La muerte del cóndor del poema de la tragedia y de la historia*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1914.

El autor usó fuentes de diverso tipo para encontrar la verdad histórica: analizó y comparó documentos privados, viejos papeles familiares, con documentos públicos para «vencer así las contradicciones de la información interesada, la oscuridad de los relatos, las mutilaciones oficiales». ³⁶ Recurrió, además, a los testimonios, pues era muy probable que la magnitud de la masacre no hubiese permitido el olvido del suceso y lo conservase guardado en la memoria de testigos directos que lo narraban únicamente en el círculo familiar o privado. Con la obra se pone de nuevo en escena la memoria social de los crímenes cometidos, reconstruida con algunos hechos basados en un rico caudal de fuentes muy cercanas a 1912, algunas de viva voz.

Sin embargo, ¿cuál es el sentido de evocar un pasado trágico y sin duda doloroso, presente en la obra? Con claridad se puede identificar los siguientes aspectos:

1. *La hoguera bárbara* resalta la dignidad de Alfaro, en especial, su papel pacificador previa a su muerte cuando las revueltas liberales estallaron de nuevo en la República y él estaba ausente del país. Pareja Diezcanseco reivindica el valor histórico del personaje Alfaro, positivo para la nación ecuatoriana: «la paz con honra era el pensamiento de don Eloy», ³⁷ lejos de las ambiciones de poder y de la imagen de tirano, creada por sus enemigos políticos, que fue usada como argumento para el golpe de Estado de 1911 y luego en su asesinato.
2. Recrea los escenarios de la conspiración entre varios actores: el gobierno, la *gente bien*, ³⁸ la prensa de Guayaquil y Quito que cumplió un papel nefasto al caldear el ánimo del pueblo y ambientar el clima de la masacre de Montero, Alfaro y liberales. ³⁹
3. La obra es contundente respecto a lo que el autor describe como una tramoya: «Todo estaba preparado para perpetrar el asesinato» y revela el uso que se hizo del pueblo para cometer acciones irracionales en la hoguera bárbara.

36. A. Pareja Diezcanseco, *La hoguera bárbara*, p. 12.

37. *Ibid.*, p. 295.

38. Término usado por el autor para referirse a la élite.

39. El autor cita fragmentos de artículos de los periódicos guayaquileños *El Guante*, señalándolo como un diario de combativa influencia entre la intelectualidad guayaquileña, y *El Grito del Pueblo*, incitando al levantamiento del pueblo en contra del general Montero. *La hoguera bárbara*, Biblioteca de Autores Ecuatorianos, vol. 62, Guayaquil, Publicaciones Educativas Ariel, 1975, p. 190.

Esta intención perversa se revela, de manera particular, en la primera edición de la obra publicada en 1944, cuando el autor presenta, con un estilo irreverente, la tentativa de eliminar todo vestigio del alfarismo, de convertirlo en cenizas y procurar el olvido. Pareja Diezcanseco cita algunos nombres de los autores intelectuales: Carlos Freile Zaldumbide y el coronel Alejandro Sierra, y en cuanto al pueblo, como autores materiales, al asesino de Alfaro, el cochero José Cevallos y a otros actores, artesanos y mujeres de vida airada que participaron en el arrastre. Hoy se conoce, por otras fuentes valiosas, que fueron identificados 16 asesinos para las seis víctimas del 28 de enero, 66 arrastradores de los cadáveres, que se turnaron por grupos hasta El Ejido y que la misma leña para incinerarlos había sido comprada con anticipación.⁴⁰

AL FINALIZAR

La hoguera bárbara es un homenaje a la vida de Eloy Alfaro y honra su muerte cuando denuncia algunas circunstancias planeadas por los autores intelectuales de la masacre, que libraron su conciencia echando la culpa al pueblo, a un grupo de personas, autores materiales del arrastre e incineración de los cadáveres.

En 1975 se publicó la segunda edición de *La hoguera bárbara* en la que se presenta una visión diferente sobre el papel del general Leonidas Plaza en los hechos que antecedieron a la masacre, específicamente, en el último capítulo, «Éxodo». Hay que indagar las razones que impulsaron al autor a realizar los cambios, aunque se puede pensar que se basó en el veredicto del fiscal Pío Jaramillo Alvarado, citado en la edición de 1975 y no en la 1944, que exime a Plaza de responsabilidades, pese a lo cual su papel histórico en los hechos aún es cuestionado en varios documentos. Se dice que la primera edición de *La hoguera bárbara* se agotó de una manera inusitada, existiendo hoy un número escaso de ejemplares en pocas bibliotecas del país.

De todas maneras, la obra nos impulsa a interpelar a la administración de justicia en el Ecuador, que dejó sin sanción alguna a los autores intelectuales, cómplices y encubridores de este hecho. La memoria de la muerte,

40. Cfr. Fernando Jurado Noboa, *Quito secreto*, Quito, Colección Amigos de la Genealogía, vol. 135, 1999.

aportada en la obra, apela al ejercicio de la ética y puede generar una conciencia histórica capaz de evitar tragedias similares en el presente y en el futuro. Esto tiene valor en la cultura política ecuatoriana, puesto que aun la idea de *arrastrar como a Alfaro* se actualiza en la memoria social, especialmente, en momentos de inestabilidad política. Con el paso del tiempo se convirtió en una frase común, pronunciada en serio o en broma, contra un gobernante o en contra de individuos particulares cuando se desea tomar la justicia por mano propia.

La memoria conservó el acto grotesco del arrastre, pero parece que aún se tiende a confinar en el olvido que la masacre fue, en rigor, un hecho trágico, fruto de una conjura en contra de seres humanos inocentes, en la que se usó al pueblo, y en tal medida no tiene justificación alguna. La lectura de *La hoguera bárbara* aportará a la conciencia de los actos y, parafraseando a Pareja Diezcanseco, recordará que la justicia ecuatoriana olvida lo que debe ser y castiga a los débiles con repugnante frecuencia. ♦

Fecha de recepción: 04 agosto 2008

Fecha de aceptación: 08 septiembre 2008

Bibliografía

- Andrade, Roberto, *Vida y muerte de Eloy Alfaro*, Bogotá, El Conejo, 1985.
- Balseca, Fernando, «Los gestos de Alfaro: ¿Por dónde anda la Historia y por dónde la Literatura en *La hoguera bárbara*?», *La Revolución alfarista. 100 años de lucha por el cambio sociopolítico en el Ecuador*, Guayaquil, Colección Letras del Ecuador, vol. 131, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1996.
- De la Torre, Carlos, *La espada sin mancha. Vida del general Julio Andrade*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1995.
- Gangotena, Cristóbal, «El arrastre de Alfaro y sus lugartenientes», en Espinosa, Manuel, comp., *Así fue, testimonios sobre los hechos más conmovientes de la historia nacional narrados por sus protagonistas y testigos presenciales*, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1998.
- Guha, Ranahit, «La prosa de la contrainsurgencia», en *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002.
- Jurado, Fernando, *Quito secreto*, Quito, Colección Amigos de la Genealogía, vol. 135, 1999.
- Pareja Diezcanseco, Alfredo, *La hoguera bárbara (Vida de Eloy Alfaro)*, México, Compañía General Editora, 1944.
- , *La hoguera bárbara*, Guayaquil, Biblioteca de Autores Ecuatorianos, vol. 62, Ediciones Educativas Ariel, 1975, 2a. ed.
- Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

- Vargas Vila, J. M., *La muerte del cóndor, del poema de la tragedia y de la historia*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1914.
- Zúñiga, Neptalí, «La verdad histórica: Documentación inédita sobre la muerte de Alfaro», en *Visión actual de Pío Jaramillo Alvarado. Documentos del Seminario Nacional, Loja, 13 al 16 de septiembre 1988*, María Elena Albán, coord., Quito, Subsecretaría de Cultura, Dirección Provincial de Educación, Departamento de Cultura de Loja/Fundación Friedrich Naumann. 1989.